

B O L E T I N
D E L A
R E A L S O C I E D A D V A S C O N G A D A
D E L O S A M I G O S D E L P A I S

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Guipúzcoa)

AÑO XVII

CUADERNO 3.º

Redacción y Administración: MUSEO DE SAN TELMO - San Sebastián

GOETHE Y LOS AMIGOS DEL PAIS

Por JOSE ORTEGA GASSET

No es la primera vez que don José Ortega Gasset nos honra, incorporándose amistosa y generosamente a los afares de los AMIGOS DEL PAIS. Primero fue en el año 1947, aprovechando sus vacaciones en San Sebastián, que nos ofreció el regalo de cuatro lecciones orales sobre Velázquez, que la ciudad y sus veraneantes escuchamos deleitados no sólo por la gracia singular de su verbo y la profunda enseñanza de su magisterio, sino porque rompía con sus disertaciones un largo silencio de varios años, en España. Dos veranos más tarde, en sus vacaciones, también, y después de unas conferencias dadas en Alemania para conmemorar el bicentenario del nacimiento de Goethe, y que tuvieron, como todas las suyas, ancho eco de resonancia universal, nos prometió otras lecciones sobre Goethe que los AMIGOS DEL PAIS, como es natural, le agradecemos profundamente. Pero, por causas totalmente ajenas a él y a nosotros, la promesa quedó en el aire y nosotros, con el regusto en la boca, sin poder llegar a saborearlas.

Ahora ha sido uno de sus discípulos, que tiene el encargo de compilar su obra póstuma, quien al ordenar sus papeles para un nuevo libro de su serie de Obras Inédi-

tas, se ha encontrado con unas cuartillas de don José que eran las que le hubieran servido de embocadura para las lecciones prometidas que no le pudimos oír, y ha tenido la gentileza, que le agradecemos muchísimo, por el honor que nos hace, de brindarnos sus primicias, para que sea el BOLETIN quien las saque a la luz, antes de que sean recogidas en un nuevo tomo de sus Obras Inéditas. El Boletín se siente orgulloso con esta publicación de Ortega, en primera mano, y desea testimoniar su reconocimiento a sus herederos por la autorización de reproducirlas. Nosotros también tendemos a lo universal, pues nuestro provincialismo, si vale la palabra, es, como lo quisieron el Conde Fundador y los demás "Caballeritos", de vía ancha; y cómo nos lo recomendaba Ortega, también.

La Sociedad Vascongada de Amigos del País no quiere que la fecha del bicentenario de Goethe pase inadvertida para sus socios y el círculo más amplio de sus amigos. Con razón o sin razón, es incuestionable que Goethe vale como uno de los mayores nombres simbolizadores de lo que en el siglo XIX y en lo que va de éste se ha llamado "cultura o civilización europea". De aquí que en todas partes se le hayan dedicado recuerdos festivos. Pero en el caso de esta conmovedora Sociedad Vascongada de Amigos del País se dan o deben darse además algunos motivos especiales para que se sienta íntimamente inclinada a rendir homenaje en esta fecha a aquel tan egregio europeo. Sus fundadores fueron contemporáneos de Goethe. Los más vivaces, estrictamente sus compañeros de generación, y nótese que para mí una generación comprende sólo a los que nacen dentro de una determinada zona de quince años. Goethe nace en 1749; Ramón Munibe, en 1751; Félix Samaniego, en 1745; Mazarredo —el Almirante—, en 1745; Narros, en 1733. Son, pues, coetáneos de Goethe; han vivido bajo la presión de la misma atmósfera histórica, muchas de sus ideas son las mismas que la época había inyectado en la mente de Goethe e iban vestidos con trajes iguales a los de éste. Vuestros fundadores y este gran poeta alemán representan un momento feliz en la historia de Occidente: el momento de más intensa fe en esa cultura de Europa, que era para ellos no una entre varias, sino *la* cultura, la única e indefectible. Sin

duda esa fe se modulaba diversamente en vuestros fundadores y en Goethe (1).

Pero en aquéllos y en éste es, sobre todo, común el sentido, la dirección de sus aspiraciones y propósitos. La historia europea desde su aurora en tiempo de Carlomagno, allá en la divisoria de los siglos VIII y IX, manifestó con claridad sobrada un curioso ritmo caracterizado porque a una época en que predomina la relativa reclusión de cada pueblo dentro de sus formas de vida particulares sigue siempre otra en que, inversamente, prepondera una forma de vida unitaria, *sensu stricto* europea. Así en el siglo XVII, como mostré en mi reciente curso público dado en Madrid (2), los pueblos de Occidente, que habían llegado a ser adultos y por vez primera son los que con rigor deben llamarse naciones, se encierran cada uno dentro de sí más o menos y cada cual a su moda.

Por el contrario, en el siglo XVIII existen en todas nuestras naciones minorías entusiastas y enérgicas, que, penetradas de un ideario común, luchan para que cada uno de sus pueblos abandone su vida particularista y ascienda a participar en una existencia general europea. En Versalles como en Potsdam y en Madrid, en Viena como en Parma o en Weimar, donde Goethe vivía, se procura existir de una misma manera que es considerada como la ejemplar, la más plenamente humana. Pero este movimiento en que se intenta superar los particularismos nacionales originados incuestionablemente en que cada pueblo vivía recluso dentro del angosto horizonte de sus fronteras, y aspira a que abran éstas como inmensos ventanales y aprendan a vivir en el más amplio horizonte que es Europa y, al través de Europa, en el mundo —lo que entonces se llamó “cosmopolitismo”—, actúa también dentro de cada nación y donde quiera hay grupos de hombres egregios que se esfuerzan en lograr que su región, su comarca, su provincia dejen de ser la gleba semialdeana que era y adopte formas de vida superiores. Yo no

(1) Yo no voy chora a dibujar la línea de esta diferente modulación, pero salta a la vista que vuestros fundadores, como todo el que es receptor más que creador, creían a pie juntillas en ella y hasta con cierta beatitud mientras que la fe de Goethe en la cultura es sumamente complicada, pues mientras el piso bajo de su persona permanecía adscrito a ella plenamente, es decir, creía en ella como se cree siempre cuando de verdad se cree, a saber, con fe de carbonero, por las regiones más peraltadas de su ser pasaban tormentas de duda respecto a esa cultura, grandes fulguraciones de inquietud respecto a su valor y su firmeza.

(2) [Véase **Una nueva interpretación de la historia universal. En torno a Toynbee**, “Obras inéditas”, Madrid, 1960. El curso se verificó en el invierno 1948-49.]

tomo ahora posición —conste así taxativamente— frente a aquel gigantesco movimiento extendido sobre todo el Occidente, porque tendría demasiado que decir sobre él, máxime hallándonos todos nosotros en una situación que nos obliga a intentar algo que es, a la vez, lo mismo y diferente. Ahora sólo me interesa recordar que uno de esos grupos ocupados en desaldeanizar su comarca y, por cierto, el primero en España fue precisamente la Sociedad Vascongada de Amigos del País, como, más en grande, fue Goethe el primero que intentó llevar la vida reclusa y confinada que era Alemania fuera de sí, más allá y más arriba de sí, a saber, a los vastos espacios de la gran comunidad occidental.

Goethe no quiso nunca ser sólo alemán y gracias a ello logró que por vez primera, leyendo sus obras, todo el continente se hiciese profundamente alemán. Operaciones complicadas como ésta son las que constituyen el verdadero patriotismo intelectual. Porque Goethe no quiso ser sólo alemán, siendo el poeta y el pensador más acendradamente alemán que ha habido, es por lo que ahora los alemanes han celebrado su bicentenario con tanto fervor y —nótese la monumental paradoja— por lo que me han llamado a mí para que sea quien, en nombre de Alemania, hable a los alemanes sobre el grande alemán. El hecho, como digo, es de exorbitante extravagancia y por lo mismo muy característico del tiempo en que vivimos. Y para oírme en Hamburgo y en Berlín, las multitudes que no habían logrado tarjetas de entrada, no obstante haberse repartido varios miles, han asaltado los edificios universitarios, roto sus puertas, causado víctimas, cosas que los periódicos alemanes refieren y comentan largamente estos días, pero que los periódicos españoles han silenciado cuidadosamente, como otras de estilo diferente, pero no menos intensas, que me han acontecido en Norteamérica. (El hecho de haber demostrado a los españoles que sé muy bien, radicalmente, no existir durante más de doce años en esta ya difícil altura de mi vida que me da derecho, y hasta me impone la obligación de decir a ustedes esto que acabo de decirles y que es un caso único en toda mi labor pública, porque, en efecto, estas propias ponderaciones me repugnan, me producen un efecto que, hablando con eufemismo, llamaremos básicas. Mas he creído que debía manifestarlo porque sospecho que no se conoce suficientemente la manera como la prensa se está conduciendo hoy.)

Este movimiento goethiano cosmopolita, que es de signo opuesto, conste, a todo internacionalismo —este otoño o invierno hablaremos largamente en Madrid sobre la diferencia entre ambas cosas—, que va del terruño hacia la más amplia unidad, que no abandona a

aquél, sino que lo transporta hacia una forma superior de ser hombre, animó en sus orígenes a vuestra sociedad y hará siempre eficaz su influjo en esta encantadora comarca, siempre que no resuelva disminuirse en pura Sociedad de Estudios Vascos, lo que sería la más completa tergiversación de su instinto fundacional, el cual no se proponía provincianizar a Guipúzcoa, sino al revés, desprovincianizarla, desaldeanizarla, tarea espléndida y fértil que sigue tal vez siéndole no poco menester.

Un día de entre los días quisiera mostrar minuciosamente y por escrito cómo desde hace cuarenta años las provincias españolas han acrecido y no menguado su provincianismo. En ese estudio procuraría hacer ver las causas determinadas y precisas de aquel extraño hecho, de las cuales la principal es que antes Madrid era efectivamente una capital y permitía la relación provincia-capital, que es perfectamente sana y que yo, en mi adolescencia, he vivido muy claramente. Mas al dejar Madrid de ser propia y verdaderamente capital, allá en 1910, no por eso se capitalizó, sino, al contrario, infló su provincialidad y entonces fue cuando se hizo patológicamente provinciana. Esto, señores, es ingrato de decir, como es enojoso de escuchar, pero yo tengo mis peculiares e intransferibles obligaciones. El fenómeno, conviene advertirlo, se ha dado con unos u otros caracteres en todo el continente y es una de las más graves cosas que hemos tenido que padecer estos años y aún padecemos: la decapitalización de Europa, lo que equivale a su decapitación y el triunfo insolente de un universal provincianismo. Pero quede todo este tema de nuestro asfixiante provincianismo para cuando se pueda hablar de temas verdaderamente españoles en vez de dedicarse a la vana taratara de una retórica inane en que hoy suele hacerse consistir el patriotismo literario.

Hablemos un poco de Goethe o en torno a Goethe, ya que podemos considerar a éste con alguna jugosa razón como uno de los caballeritos de Azcoitia o como compañero de Ramón Munibe, de Samaniego, Mazarredo y Narros, hablemos de la interno a él, ya que el tiempo, al hacer girar su enorme rueda, hace pasar fortuitamente ante nosotros el radio con la fecha de su bicentenario.